

EL DIARIO DE UN LOCO

Lu Xun

InfoLibros.org



SINOPSIS DE DIARIO DE UN LOCO

Diario de un loco es un cuento corto del autor Lu Hsun, considerado por la crítica literaria como una declaración de guerra al sistema feudal chino y la historia que originó la literatura contemporánea en el país asiático. Cuenta la historia de un hombre que piensa que todas las personas a su alrededor son caníbales.

Uno de los elementos más destacados del relato es el estilo expresionista del narrador, quien pretende mostrar la forma de pensar y sentir de una persona “diferente”, que nada a contracorriente en una sociedad de mundanidad familiar. Atractivo e inquietante, el relato muestra cómo muchas veces nos sentimos encerrados en nuestro propio mundo.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace

[Diario de un Loco por Lu Xun en InfoLibros.org](#)

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: [A Madman´s story author Lu Xun](#)
- Portugués InfoLivros.org: [O diario de um louco autor Lu Xun](#)

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:

- [+3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org](#)

Inicio

Dos hermanos, cuyo nombre no quiero revelar, fueron amigos míos en los lejanos tiempos del bachillerato; luego de separarnos, con el paso de los años, acabé por perder su pista. Días atrás me entere casualmente de que uno de ellos se encontraba muy enfermo; de regreso a mi pueblo, di un rodeo para ir a visitarles, pero sólo encontré al mayor, quien me dijo que el que había estado enfermo era su hermano. Te agradezco mucho el que te hayas molestado en venir a vernos; mi hermano ya se ha recuperado y desempeña en estos momentos un puesto de funcionario suplente en cierto lugar. Me mostró riendo un diario en dos libretas, en el que, según él, se podía observar la pasada enfermedad de su hermano. No veía inconveniente alguno en que un viejo amigo tuviera acceso a este diario. Así que me lo llevé y nada más leerlo he sabido que la enfermedad de mi amigo no era otra que la llamada «manía persecutoria». El lenguaje del diario es confuso y desordenado, y abunda en absurdos; tampoco especifica fechas, aunque se ve que no ha sido escrito de una vez, debido a las diferencias en la tinta y en la letra. He seleccionado algunos de los fragmentos que ofrecen una relativa coherencia para que puedan servir como material a la investigación médica. No he cambiado ni un ideograma del texto original; sólo los nombres de los personajes, aunque se trata de hombres de pueblo totalmente desconocidos, han sido todos modificados al no

influir en el tema. En cuanto al título he respetado el que su autor le puso después de recobrar la salud.

2 de abril de 1918.

I

Esta noche hay una luna maravillosa.

Hacia más de treinta años que no la veía; hoy, al contemplarla, mi espíritu se ha inundado de felicidad. Ahora me doy cuenta de que los últimos treinta años he vivido en la oscuridad; a pesar de todo debo extremar las precauciones. Si no, ¿por qué el perro de los Chao me ha lanzado esa doble mirada?

Mis temores están más que justificados.

II

Hoy no brilla la luna; sé que las cosas no marchan bien. Esta mañana, cuando salía de casa con todo cuidado, Chao el Ricachón me ha mirado de una manera aún más extraña: como si me tuviera miedo, como si quisiera matarme. Había además siete u ocho personas cuchicheando acerca de mí, temerosas de que las viera. Y así, todo el que me encontraba por la calle. El más terrible de todos fue un hombre que me lanzó una risotada de oreja a oreja; sentí un escalofrío por todo el cuerpo: ahora sabía que sus planes estaban ya a punto.

Pero yo no tuve miedo, y seguí como siempre mi camino. Más adelante me tropecé con un grupo de chiquillos; también ellos hablaban de mí, y sus miradas y sus pálidos rostros eran idénticos a los de Chao el Ricachón, con el mismo reflejo acerado. Qué puedo yo haberles hecho, pensé, para que también ellos... No pude contenerme y les grité: «Decidme, ¿por qué?! » Pero ellos echaron a correr.

Me pregunto qué puedo yo haberle hecho a Chao el Ricachón, qué les puedo haber hecho a la gente de la calle; lo único fue hace veinte años, cuando pisé el libro de contabilidad del señor Ku Chiu, y éste se enfadó muchísimo. Aunque Chao el Ricachón no conoce al señor Ku Chiu, es seguro que ha oído hablar de aquel incidente y me guarda rencor por ello; y además se ha puesto de acuerdo con la gente de la calle para que todos

consideren aquel asunto como un agravio. Pero, ¿y los niños? En aquel tiempo aún no habían nacido, ¿por qué hoy también ellos me miran de esa extraña manera, como si me temieran, como si quisieran matarme? Esto me da realmente miedo, me intriga y al mismo tiempo me entristece.

Acabo de comprenderlo: ¡se lo han contado sus padres!

III

Por las noches no consigo conciliar el sueño. Las cosas hay que estudiarlas a fondo para poder entenderlas.

Algunos han sido condenados por el gobernador del distrito a llevar la carga al cuello, hay quien ha recibido sus buenas bofetadas del cacique del lugar, quien ha visto a los guardias apoderarse de su mujer, e incluso algunos han perdido a sus padres arrastrados al suicidio por la presión de los acreedores. Y con todo, a ninguno se le ha visto nunca un rostro tan temeroso y tan feroz como ayer.

Lo más extraño ha sido aquella mujer, ayer, en la calle. Estaba pegando a su hijo mientras le decía:

« ¡Desvergonzado! ¡Sólo dándote unos cuantos mordiscos me quedaría a gusto!» Y mientras eso decía me miraba a mí. No pude ocultar un sobresalto; y entonces, aquel grupo de hombres vampiro rompieron en sonoras carcajadas. Chen el Quinto llegó corriendo y me arrastró hasta casa.

Me arrastró a casa, pero allí fingieron no conocerme. Sus miradas eran idénticas a las de los otros. Entré en el estudio y echaron el cerrojo por fuera, como si encerraran a una gallina. Esto me hace aún todo más inexplicable.

Hace unos días vino uno de nuestros arrendatarios de la aldea Los lobos a informarnos de la mala cosecha. Le contó a mi

hermano que la gente de la aldea había matado a un criminal del lugar, y que algunas personas le habían arrancado el corazón y el hígado y se los habían comido, después de freírlos, para aumentar su propio valor. Al interrumpir yo la conversación, el arrendatario y mi hermano me dirigieron varias miradas. Hoy es cuando me he dado cuenta de que sus miradas brillaban igual que las del grupo que encontré en la calle.

Cuando lo pienso, un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

Si son capaces de comer hombre, ¿por qué no iban a comerme a mí?

Pienso, si no, en los mordiscos de aquella madre, en las carcajadas del grupo de hombres vampiro, en las palabras del arrendatario: evidentemente se trata de una contraseña. Veo que sus palabras son todas venenosas; sus risas, puros cuchillos; y sus dientes, tan blancos y bien afilados. Son ciertamente individuos que comen hombre.

A mi modo de ver, aunque no soy una mala persona, desde que pisé el libro de los Ku es difícil saberlo. Parece como si ellos tuvieran

intenciones ocultas que yo no puedo adivinar. Además, en cuanto se enfadan con alguien no dudan en calificarlo de criminal. Recuerdo cuando mi hermano me enseñaba a disertar; por bueno que fuese el personaje sobre el que versaba la

disertación, bastaba que yo escribiera cuatro frases de crítica para que mi hermano las subrayara en señal de aprobación; y si disculpaba en mi escrito a personajes malos, me decía: «eres verdadera- mente original, un genio en llevar la contraria al cielo.» Cómo voy yo a adivinar cuáles son los verdaderos pensamientos de esa gente; y más aún tratándose del momento en que piensan comer.

Las cosas hay que estudiarlas a fondo para poder entenderlas. En la antigüedad a menudo se comía carne humana, yo también me acuerdo, aunque no tengo una idea muy clara. Me he puesto a hojear la historia, pero esta historia no menciona fechas o épocas; en todas las páginas apa- recen, de través, los ideogramas ren yi, tao te (bondad y moral). Me ha si- do imposible conciliar el sueño, la mayor parte de la noche me la he pa- sado leyendo atentamente, y al final he descubierto, entre líneas, que to- do el libro está ocupado por dos ideogramas: chi ren (comer hombre).

El libro está lleno de ideogramas, muchas fueron las palabras del arrendatario, pero todos, sonriendo, me contemplan fijamente con ese extraño fulgor.

Yo también soy hombre, ¡ellos piensan comerme!

IV

Esta mañana he estado un rato sentado en silencio. Chen el Quinto me ha traído la comida: un tazón de verduras y otro de pescado al vapor. He visto los ojos del pez, blancos y duros, su boca abierta, igual que aquel grupo de gente que quiere comer hombre. Después de unos cuantos bocados, ya no sabía si aquello era pescado o carne humana y terminé por vomitarlo todo.

Dije: -Viejo Quinto, dile a mi hermano que aquí me ahogo, que quiero salir al jardín a dar un paseo. El no me contestó, pero al poco volvió y abrió la puerta.

No me moví. Me dispuse a observar las medidas que iban a adoptar conmigo. Sabía que de ningún modo me soltarían. ¡Efectivamente! Mi hermano traía a un anciano. Se me acercó lentamente, con un siniestro fulgor en su mirada. Temiendo que yo le viera, inclinaba su cabeza hacia el suelo, mientras me miraba a hurtadillas por encima de sus anteojos. Mi hermano me dijo: «Hoy parece encontrarte muy bien». Le respondí: «Sí». «He pedido al doctor Je que viniera hoy a hacerte un reconocimiento», dijo mi hermano. «De acuerdo», le contesté. En realidad, ¡cómo no iba yo a saber que aquel anciano no era otra cosa que un verdugo disfrazado! Sin duda el tomarme el pulso sólo era un pretexto para averiguar si estaba bien cebado; por este trabajo se llevaría una buena tajada de mi

carne. Pero yo no tengo miedo; aunque no he comido carne humana soy más valiente que ellos. Así que le tendí mis dos puños, a ver que hacía. El anciano se sentó, cerró los ojos y me tomó el pulso durante un buen rato. Permaneció un momento silencioso y luego, abriendo sus diabólicos ojos, dijo: «No hay que dar rienda suelta a la fantasía. Unos días de reposo y tranquilidad y se pondrá bien».

No hay que dar rienda suelta a la fantasía, reposo y tranquilidad. Con el reposo engordaré y ellos, naturalmente, podrán comer más. Y yo, ¿qué consigo? ¿Cómo me voy a «poner bien»? A esa horda humana le gusta comer hombre, pero lo hace a escondidas, se las ingenia para ocultarlo, no se atreve a actuar directamente. Es para morir de risa. No me pude contener y solté una gran carcajada, enormemente regocijado. Sabía que mi risa encerraba justicia y rectitud. El anciano y mi hermano perdieron el color, paralizados por esta manifestación mía de valentía y rectitud.

Sin embargo, esta valentía mía les hará apetecer aún más mi carne, para apropiarse de ella cuando me coman. Cuando el anciano salía, no lejos de la puerta, le dijo a mi hermano en voz queda: «Es urgente que coma».

Mi hermano asintió con la cabeza. Así que, ¡tú también! Este importante descubrimiento, aunque inesperado, no me coge en

el fondo por sorpresa: ¡mi hermano forma parte de los que se han puesto de acuerdo para comerme!

¡Mi hermano come hombre!

¡Soy hermano de un hombre que come hombre!

¡Aunque yo mismo sea comido por otros, sigo siendo hermano de un hombre que come hombre!

V

Estos últimos días he dado marcha atrás en mis reflexiones. Supongamos que el anciano no es un verdugo disfrazado, que es un verdadero médico, sin embargo ello no impide que siga siendo un hombre que come hombre. En el «No sé cuantos de las plantas medicinales» 1, escrito por su gran maestro Li Shichen, se dice bien claro que la carne humana se puede comer frita; ¿cómo va entonces a negar que él come hombre?

En cuanto a mi hermano, mi acusación está bien fundamentada. Cuando me daba clases, oí un día de sus propios labios que se podía

«intercambiar a los propios hijos para comérselos» 2; y otra vez en que casualmente disertábamos acerca de un hombre malo, dijo que no sólo merecía la muerte, sino incluso que «su carne debía ser comida y su piel servir de alfombra» 3. Yo entonces era pequeño, y el susto que me dio me duró mucho tiempo. Cuando anteayer el arrendatario de Los lobos vino a contarle a mi hermano que en la aldea se habían comido el corazón y el hígado de una persona, mi hermano no se extrañó lo más mínimo y aprobó con la cabeza. Evidentemente sus sentimientos siguen siendo tan inhumanos como antes. Supuesto que se puede «intercambiar a los propios hijos para comérselos», cualquiera entonces puede ser intercambiado, cualquier hombre puede ser comido. Antes me limitaba a escuchar sus

razonamientos, sin que mis ideas se aclararan; hoy sé que cuando mi hermano exponía sus razones no sólo sus labios rebosaban grasa humana, sino que además su mente estaba dominada por la idea de comer hombre.

VI

Me encuentro en la más completa oscuridad; no sé si es de día o de noche. El perro de los Chao ha vuelto a ladrar.

Son crueles como el león, medrosos como la liebre, astutos como la zorra...

VII

Conozco sus métodos. No matan de forma directa; no se atreven por miedo a las consecuencias. Por eso todos ellos se han puesto de acuerdo, han tendido una gran red a mí alrededor para forzarme al suicidio. Basta con ver las caras de aquellos hombres y mujeres en la calle hace unos días, y la conducta de mi hermano últimamente, para darse cuenta de cómo son las cosas con casi toda seguridad. Lo mejor sería desabrocharse el cinturón, colgarlo de una viga y ahorcarme de una vez. Así, ellos, sin poder ser acusados de asesinato, verían realizados sus deseos: sin duda todos reirían quedamente en el colmo de la alegría. O si no, el miedo y la tristeza acabarán conmigo y, aunque algo flaco, tampoco dejarán de mostrar su aprobación.

¡Ellos sólo comen carne muerta! Recuerdo que en cierto libro se habla de un ser llamado «hiena», cuya mirada y aspecto son muy desagradables; normalmente come carne muerta, y llega a triturar los huesos con los dientes para tragárselos; cuando uno se pone a pensarlo da verdadero miedo. La «hiena» está emparentada con el lobo, y el lobo es de la misma familia del perro. Anteayer el perro de los Chao me lanzó varias miradas, evidentemente también e toma parte en el complot desde hace tiempo. Y por supuesto no me voy a dejar engañar porque el anciano dirigiera su mirada hacia el suelo.

Lo que más pena me da es mi hermano. El también es un ser humano.

¿Por qué no tiene miedo alguno? Y además se confabula con otros para comerme. ¿Será que no lo considera algo malo por haberse acostumbrado con el tiempo? ¿O tal vez que se ha vuelto un hombre sin conciencia y puede cometer un crimen a sabiendas de lo que hace?

Maldigo a los hombres que comen hombre, empezando por él, y también por él tendré que empezar si quiero convencerles para que dejen de comer hombre.

VIII

Realmente, hoy en día ellos deberían haber comprendido desde hace tiempo estas razones...

Un joven llegó de repente; no pasaría de los veinte años, sus rasgos no se distinguían con claridad, aunque sí la sonrisa que llenaba su rostro. Me saludó con la cabeza; su sonrisa no parecía una verdadera sonrisa. Yo le pregunté: « ¿Está bien comer hombre? » «Este año ha habido cosecha, no es un año de hambre, ¿cómo se va a comer hombre?», dijo él sin dejar de sonreír. Inmediatamente me di cuenta de que él también era del gru- po, que también a él le gustaba comer hombre.

Redoblé entonces de va- lor e insistí en mi pregunta:

-¿Está bien, o no está bien?

-¿Qué sentido tiene preguntar eso? Es usted verdaderamente... chisto- so. Hoy hace un tiempo espléndido.

-Un tiempo espléndido, y también una luna brillante. Pero yo te quiero preguntar: « ¿está bien?»

No lo aprobó. Respondió con voz confusa:

«No...»

-¿No está bien? Entonces, ¿por qué ellos lo comen?

-Esas cosas no pasan...

-¿Que esas cosas no pasan? En Los lobos, además en los libros está escrito con toda claridad.

Cambió entonces de color, el rostro lívido como el acero, y dijo con ojos muy abiertos:

-Es posible que se den algunos casos; siempre ha sido así...

-Siempre ha sido así; ¿entonces está bien?

-No quiero hablar con usted de estas cosas; en último término no debe usted hablar de ello; si lo hace comete una equivocación.

Di un brinco, los ojos bien abiertos, pero el joven ya había desaparecido. Tenía el cuerpo inundado de sudor. Este hombre era mucho más joven que mi hermano y, sin embargo, también era del grupo; sin duda sus padres se lo habían enseñado. Y mucho me temía que él, a su vez, ya se lo hubiera enseñado a sus hijos; por eso hasta los niños me miran de esa feroz manera.

IX

Todos quieren comer hombre, y al mismo tiempo tienen miedo de ser comidos por los demás. Por eso todos se espían unos a otros, con miradas penetradas de desconfianza...

Si se pudiera acabar con estas ideas, ¡qué agradable sería! Poder trabajar tranquilamente, caminar, comer, dormir sin preocupación. Sólo hace falta franquear una barrera. Pero ellos han formado un grupo; padres e hijos, hermanos, esposos, amigos, maestros y discípulos, enemigos, incluso desconocidos, todos se convencen unos a otros, se encadenan mutuamente e impiden que nadie se decida alguna vez a franquear ese insignificante obstáculo.

X

Esta mañana, muy temprano, he ido a buscar a mi hermano; estaba mirando el cielo a la puerta del salón. Me situé a su espalda, justo en medio de la puerta, y le dije con tono extraordinariamente tranquilo y amable:

-Hermano, tengo algo que decirte.

-Dilo -volvió rápidamente la cabeza y consintió con un gesto.

-Tengo unas cuantas palabras que decirte, pero no me salen. Hermano, es casi seguro que en tiempos remotos, los salvajes comían carne humana. Luego, algunos, al tener diferentes sentimientos, dejaron de comerla, se esforzaron por mejorar y se convirtieron en hombres, en verdaderos hombres. En cambio, otros siguieron comiendo, igual que los insectos, unos se transformaron en peces, pájaros, monos, hasta llegar a convertirse en hombres. Otros no quisieron mejorar, y siguen hoy siendo insectos.

¡Qué vergüenza para el hombre que come carne humana si se compara con el que no la come! Sospecho que su vergüenza debe ser mucho mayor que la que pueda sentir el insecto en comparación con el mono.

Yi Ya cocinó a su propio hijo y se lo dio a comer a Chie y a Chou; es esta una antigua historia. Todos sabemos que desde que Pan Ku² separó el cielo de la tierra, los hombres se han

comido unos a otros; hasta lo del hijo de Yi Ya fue así, y también después hasta los tiempos de Si' Si-Lin, y desde Si' Si-Lin hasta el hombre apresado en la aldea Los lobos, el hombre ha seguido comiéndose a sus semejantes. El año pasado cuando en la ciudad decapitaron a unos criminales, hubo un tuberculoso que se bebió su sangre empapada en man tou.

Ellos quieren comerme y, por supuesto, tú solo no puedes hacer nada; sin embargo, ¿qué necesidad tienes de entrar en su grupo? Los que comen hombre son capaces de cualquier cosa; me comerán a mí, te comerán a ti y, dentro del grupo, se comerán unos a otros. ¡Cuando basta con un solo movimiento, con un cambio que sólo cuesta un instante, para que la paz reine entre los hombres! Aunque siempre haya sido así, nosotros podemos hoy romper con la costumbre y tratar de mejorar; podemos decir: ¡Esto no puede ser! Hermano, estoy seguro de que tú puedes decirlo; anteayer, cuando el arrendatario quería que le rebajasess el alquiler, dijiste que no podía ser.

Al principio mi hermano sólo mostraba una fría sonrisa, pero poco a poco sus ojos se fueron cubriendo de un brillo feroz; y cuando puse al descubierto su intriga, su rostro se tomó lívido. Frente a la puerta de la calle se había ido congregando la gente. Allí estaba también Chao el

Ricachón y su perro. Todos ellos alargaban el cuello para poder ver. Algunas caras parecían como cubiertas por un velo y no

podía distinguir- las; otras eran las caras de siempre, semejantes a vampiros, con una re- torcida sonrisa en la boca. Yo sabía que eran el grupo, que todos ellos eran antropófagos. Pero también sabía que no todos eran iguales, que unos consideraban que se debía comer hombre porque siempre había si- do así, mientras que otros, aunque eran conscientes de que no se debía, querían pese a todo seguir comiendo hombre, y al mismo tiempo temían ser denunciados. Por eso, al oír mis palabras se enfurecieron, si bien sólo dejaron ver una fría sonrisa en sus labios contraídos.

En ese momento mi hermano puso de repente una cara terrible y gritó:

-¡Fuera todos! ¡Qué interés tiene contemplar a un loco!

Entonces comprendí otro de sus trucos. No sólo se negaban a cambiar, sino que habían tomado sus medidas desde tiempo atrás: tenían prepara- do cubrirme con la etiqueta de loco. Así, cuando me coman el día de ma- ñana, aparte de que aquí no habrá pasado nada, habrá incluso gente que les estará agradecida. Es el mismo método que siguieron en la aldea Los lobos, y por eso dijo el arrendatario que era un criminal el que allí se ha- bían comido entre todos. ¡He ahí su canción de siempre!

También Chen el Quinto entró, lleno de cólera. Por mucho que se esf- uercen en hacerme cerrar la boca, tengo que decirles a ese grupo:

-¡Podéis reformaros! ¡Reformaros desde el fondo de vuestro corazón! Debéis saber que en el futuro no se permitirá vivir en el mundo a la gente que come hombre.

Si no cambiáis, acabaréis todos devorados los unos por los otros. Por muchos hijos que tengáis, seréis exterminados por los verdaderos hombres. ¡Exterminados como los lobos por los cazadores! ¡Exterminados como insectos!

Chen el Quinto hizo a la gente que se dispersara. Mi hermano también se fue, no sé a dónde. Chen el Quinto me convenció de que volviera a mi cuarto. El cuarto estaba en completa oscuridad. Las vigas temblaban sobre mi cabeza; temblaron un rato y luego aumentaron de tamaño y se amontonaron sobre mí.

Sentía un peso inmenso que me impedía todo movimiento. Querían hacerme morir. Me di cuenta de que su peso era ficticio y empecé a forcejear; mi cuerpo se cubrió de sudor. A pesar de todo tenía que decirlo:

- ¡Reformaos en seguida! ¡Reformaos desde el fondo de vuestro corazón! Debéis saber que en el futuro no se consentirá que los que comen hombre...

XI

El sol ya no sale. La puerta está cerrada. Dos comidas al día.

Cojo los palillos y me acuerdo de mi hermano. Sé que él es el único responsable de la muerte de mi hermana pequeña. En aquel entonces mi hermana sólo tenía cinco años, todavía recuerdo su figura encantadora y llena de ternura. Mi madre no dejaba de llorar, y fue él quien la convenció de que no debía llorar; posiblemente porque él se la había comido y el llanto de mi madre le hacía sentirse avergonzado. Si al menos fuera capaz de sentirse avergonzado...

No puedo decir si mi madre sabía o no que mi hermanita había sido devorada por mi hermano.

Pienso que mi madre lo sabía; y que no lo dijo claramente cuando lloraba por juzgarlo algo natural. Recuerdo que cuando yo tenía cuatro o cinco años, un día que estaba sentado al fresco en la puerta del salón, mi hermano me dijo que sólo podía considerarse hombre de bien al hijo que fuera capaz de cortarse un trozo de carne, cocerla y dársela a comer a sus padres si éstos caían enfermos; mi madre en aquella ocasión no le contradijo. Si se puede comer un trozo, es natural que se pueda comer todo entero. Sin embargo, aquella forma de llorar, ahora que la recuerdo> partía verdaderamente el corazón. ¡Es algo ciertamente extraño!

XII

Ya no puedo pensar en ello.

Hasta hoy no me había dado cuenta de que he vivido años y años en un lugar en el que, desde hace cuatro milenios, se come hombre; cuando mi hermanita murió, era mi hermano el que se ocupaba de los asuntos domésticos; no sería nada raro que nos hubiera dado a comer a mi hermanita, sin percatarnos de ello, mezclada con la comida.

Es posible que yo haya comido, sin saberlo, algunos trozos de carne de mi hermanita, y ahora me llega a mí el turno...

Con esta historia mía de cuatro mil años comiendo hombre, que yo en principio desconocía, ahora que la veo claramente, ¡qué difícil me va a resultar mirar cara a cara a los verdaderos hombres!

XIII

¿Habrá acaso niños que no hayan comido hombre? Hay que salvar a los niños...

InfoLibros.org

